

BONNIE TSUI

Por qué nadamos



BONNIE TSUI

Por qué nadamos

Por qué nadamos

Título original: *Why We Swim*

DE LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

geoPlaneta

© Editorial Planeta, S.A., 2021

Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.com – www.geoplaneta.es

1ª edición en español: marzo del 2021

© Traducción: Alberto Delgado, 2021

DE LA EDICIÓN ORIGINAL

© Bonnie Tsui, 2020

Esta edición ha sido publicada de mutuo acuerdo con Algonquin Books of Chapel Hill, una división de Workman Publishing Co., Inc., Nueva York, NY, EE. UU. Todos los derechos reservados.

© Fotografía de cubierta: Henrik Sorensen/Getty

Diseño de cubierta: Jason Heuer

Extracto de “Swimming” de *Wild Is the Wind: Poems*, de Carl

Phillips: © 2018, Carl Phillips. Con la autorización de

Farrar, Straus & Giroux.

“Morning Swim”: © 1965, Maxine Kumin, de *Selected Poems, 1960-1990* de Maxine Kumin. Con la autorización de W. W. Norton & Co, Inc.

Fragmento de “The Swimming Song”. Con la autorización de Loudon Wainwright III.

ISBN: 978-84-08-23867-6

Depósito legal: B 20.788-2020

Impresión y encuadernación: Black Print

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

SUMARIO



SUPERVIVENCIA	11
1. La natación en la Edad de Piedra	19
2. Eres un animal terrestre	32
3. Lecciones de un nómada del mar	37
4. La foca humana	44
BIENESTAR	65
5. Las curas de agua	71
6. Agua de mar en las venas	86
7. El sobrecogimiento de las aguas abiertas	105
COMUNIDAD	120
8. ¿Quién puede nadar?	125
9. Unas Naciones Unidas en miniatura	130
10. Caos y orden	146
COMPETICIÓN	153
11. El «salta y sal disparado»	160
12. Cómo nadar como un asesino	172
13. Tiburones y pececillos	180
14. Los caminos del samurái	193
FLUIDEZ	212
15. Un ejercicio religioso	217
16. El estado líquido	228
17. De nadador a nadador	236
EPÍLOGO	249
AGRADECIMIENTOS	251
NOTAS	255

LA NATACIÓN EN LA EDAD DE PIEDRA



La oreja de mar se niega a desprenderse de la roca. A cuatro metros y medio bajo el agua, clavo el cuchillo bajo la concha, entre el pie muscular del molusco y la piedra a que se aferra, esperando oír el golpe seco que se me ha prometido. Nada.

Lo intento de nuevo, con las burbujas de la respiración saliéndome de la nariz por el esfuerzo de nadar parada, luchando con las corrientes que me empujan de un lado y de otro. Nada. Es evidente que esta oreja de mar ha advertido mi presencia y se ha cerrado. Cuando eso pasa, me doy cuenta de que es casi imposible arrancarla.

La pesca de la oreja de mar es un deporte atrayente pero peligroso. En pos de tan resistente molusco, me he sumergido en las aguas del Parque Estatal de Salt Point, en la solitaria costa de Sonoma, dos horas y media al norte de San Francisco. Los peligros son muchos: agua fría, corrientes de resaca, rocas, marañas de algas, fuerte oleaje, tiburones. Aun así, casi todas las temporadas, de abril a noviembre, miles de ilusionados nadadores se encaminan a la costa norte de California para probar suerte pescando orejas de mar. La oreja de mar roja es la mayor del mundo y solo se encuentra en la costa occidental de Norteamérica, que es

donde puedo interpretar el papel de cazadora prehistórica, ganándome la cena a nado, sin ninguna experiencia.

Estoy acreditada para practicar el submarinismo, pero con los años tanto equipo ha terminado por provocarme una sensación de claustrofobia y agobio cuando estoy en el agua. Aquí, en esta parte de la costa, las botellas de buceo están prohibidas, así que los pescadores de orejas de mar no disponen de más herramientas que su capacidad de apnea y sus habilidades natatorias. La realidad de esta vuelta a los orígenes, de este enfrentamiento del hombre con la naturaleza, es que cada caleta de esta costa, dicen los guardas forestales, es una tumba: en el 2015 murieron cuatro personas mientras pescaban orejas de mar solo en las tres primeras semanas de la temporada. Resulta que ni siquiera los buceadores experimentados pueden contener la respiración mucho tiempo; las personas acostumbradas a llevar botellas de aire empiezan a sentir pánico cuando se ven en esta situación. En aguas turbias es difícil orientarse. El oleaje te lanza contra las rocas y después te succiona, alejándote de la orilla.

Sin embargo, quiero intentarlo. Aprendo a localizar el labio ondulado de tejido negro, o manto, fijado a la pared de un gran cantil. Me empeño en extraer una, después otra. Una zona antigua de mi cerebro, del tamaño de un guisante, se ilumina de satisfacción cuando me zambullo haciendo la carpa, descendiendo hasta el lecho del mar con los ojos fijos en la presa y por fin saco del agua una oreja de mar de casi tres kilos. Necesito las dos manos para subirla y las dos piernas para propulsarme; siento la sonrisa que dibujan mis labios incluso antes de que mi cabeza aflore a la superficie.

Nunca he sentido la necesidad de disparar a un pájaro para desayunar o de abatir un ciervo para cenar. Pero el

atractivo inmediato de nadar para procurarme el almuerzo lo percibo desde el momento en que observo el molusco. Hay algo que necesito comprender sobre el hecho de nadar para algo más esencial que el ejercicio en sí. Aquel mismo día en mi jardín, limpio, arreglo y machaco la carne para enternecerla —sí, con una piedra—, la cocino a la llama y nos alimentamos los cuatro de la familia con una comida que he preparado de principio a fin con mis propias manos, mi aliento y mi cuerpo. Estamos divorciados de nuestras fuentes de alimentación; es una característica de la vida moderna. Nadar en busca de alimento me permite, por un momento, superar esa desconexión. Aquella noche, cuando me enjuago las manos en el fregadero y veo cómo baja el agua por el sumidero, recuerdo el vertido rítmico del agua de mar por entre las rocas de la costa y lo que se sentía al verla fluir de nuevo hacia el horizonte.

EL PRIMER VESTIGIO conocido de la natación se encuentra en medio de un desierto. En algún lugar de Egipto cerca de la frontera libia, en la remota y montañosa meseta sahariana de Gilf Kebir, unos nadadores suben a braza por las paredes de una cueva.

La cueva de los Nadadores, descubierta por el explorador húngaro László Almásy en 1933, encierra un tesoro de pinturas neolíticas que representan a personas en diversas posturas subacuáticas. Los arqueólogos remontan la ejecución de esa obra de arte rupestre a hace diez mil años. En tiempos del descubrimiento de Almásy, la idea de que el Sáhara no había sido siempre un desierto se tenía por radical. Las teorías sobre un cambio climático que pudiese explicar la mutación de un entorno templado en un desierto yermo y extremadamente árido eran tan novedosas que, por lo visto, el editor del libro de Almásy

As izmeretlen Szahara (El Sáhara desconocido), publicado en 1935, se sintió obligado a insertar notas a pie de página para dejar constancia de su disconformidad. Pero las pinturas convencieron a Almásy de la existencia de agua en las inmediaciones de la cueva, de que los nadadores fueron los pintores, de que un lago les lamía los pies mientras trabajaban. Donde ahora hay un mar de arena, antes corría agua. Donde un medio es vida líquida, el otro parece ser su antítesis seca y granulosa, pensó, pero los dos estuvieron sin duda ligados.

Resulta, por supuesto, que Almásy tenía razón. Décadas después, los arqueólogos descubrieron no lejos de la cueva lechos de lagos secos de un tiempo en que el Sáhara era verde. Su explicación del enigma de los nadadores en el desierto quedaría posteriormente confirmada por la abundancia de pruebas geológicas que presentan un paisaje salpicado de lagos, así como el sorprendente descubrimiento de huesos de hipopótamo y restos de otros muchos animales acuáticos, como tortugas gigantes, peces y almejas. Este período húmedo recibió el nombre de Sáhara Verde.

No hace mucho, en un número atrasado de *National Geographic*, leí sobre un paleontólogo llamado Paul Sereno que confirmó aún más la conjetura de Almásy. En el otoño del 2000, Sereno estaba buscando huesos de dinosaurio en una zona distinta del Sáhara, el Níger, por su extremo sur, poco explorado y con conflictos frecuentes. En pleno desierto, a unos doscientos kilómetros de la mayor ciudad del país, Agadez, uno de los fotógrafos de su expedición trepó por unas remotas dunas y se tropezó con un vasto conjunto de esqueletos. Esta vez, los huesos no eran de dinosaurios ni de hipopótamos.

Aquellas dunas erosionadas y moldeadas por el viento sacaron a la luz lo que resultaron ser centenares de restos

humanos, mezclados con fragmentos de cerámica de hasta diez mil años de antigüedad. Algunas piezas estaban labradas con líneas onduladas; otras, moteadas de puntos. El enterramiento, que los científicos llamaron Gobero —nombre que los tuaregs dan a la zona— era el cementerio de la Edad de Piedra más grande y antiguo descubierto hasta la fecha. El Sáhara Verde era exactamente la clase de lugar donde pudieron existir nadadores prehistóricos.

EN UNA GÉLIDA tarde de enero, visito a Paul Sereno en su laboratorio de fósiles en la Universidad de Chicago, donde ha sido profesor durante más de treinta años. Como no hay muchos estudios específicos sobre la natación en la Edad de Piedra, quiero que me ayude a formarme una imagen de ese mundo prehistórico. Sereno no es muy nadador, pero ha pasado mucho tiempo pensando sobre las habilidades natatorias de los dinosaurios y las personas (es uno de los científicos cuyas investigaciones confirmaron que *Spinosaurus aegyptiacus* fue el primer dinosaurio nadador). Se da un aire a lo Indiana Jones, con su cazadora de cuero y un entusiasmo impenitente, y fue elegido una de las «50 Personas Más Bellas» por la revista *People*.

Le pido a Sereno que me reconstruya un medio prehistórico adecuado para nadar. En el Sáhara Verde de hace diez mil años, dice, Gobero parecía «una playa de Daytona en el desierto»: un inmenso sistema intercomunicado de lagos someros, muchos de unos tres metros de profundidad, con bancos de arena que permitían a los humanos meterse a pie en el agua.

Los científicos han denominado a este sistema acuático paleolago de Gobero. Uno de sus accidentes geográficos más relevantes era una falla que se abría por un lado y cumplía dos funciones. Por una parte, afloraba las aguas subte-

rráneas profundas, así que siempre había agua aunque pasara mucho tiempo sin llover. Por otra, cuando llovía, o cuando brotaba el agua del subsuelo, la pared de la falla funcionaba como una presa natural que flanqueaba la zona, con vertidos periódicos para regular los niveles de la cuenca. Este sistema de aguas someras aparecía y desaparecía, pero se mantenía lo bastante estable para permitir asentamientos de población en sus orillas durante muchos miles de años. El enterramiento contenía los restos de dos poblamientos bien diferenciados entre los que mediaba un período de mil años, durante los cuales el lago desapareció y el lugar fue abandonado. Este Sáhara primero verde y después seco, dice Sereno, fue el mayor cambio climático desde la última glaciación, hace unos doce mil años.

Había inmensos montículos de conchas de almejas, tantas que Sereno cree que los pobladores de Gobero buceaban para pescar almejas y también las extraían en la orilla. Y los restos indican que esta no era la única manera de procurarse alimento; había anzuelos tallados y puntas de arpón fabricadas con mandíbulas de cocodrilos. Sereno y su equipo descubrieron cuatro arpones enterrados en el lecho del lago. «Probablemente tenían barcas —dice Sereno—. Pero no sabemos cómo eran ni de qué estaban hechas. Y, por los arpones hallados a gran distancia en medio del lecho del lago, supongo que también nadaban con sus barcas.»

El equipo de Sereno descubrió además unas pesadas piedras de base plana que, según sospechan, era pesos para capturar con red peces como tilapias y bagres. En un taller donde los investigadores limpian y preparan las piezas de exposición, me pasa una de estas piedras: ovalada, lisa y con manchas marrones. En aquel lago, los pescadores primitivos arponeaban y desembarcaban ingentes capturas de percas del Nilo, un monstruo acuático que

alcanza hasta dos metros de largo y pesa casi ciento ochenta kilos. La especie, aunque hoy se halla en declive, es todavía una importante fuente de alimentación en muchas partes de África.

Me sorprenden muchas cosas mientras husmeo por el laboratorio de este famoso paleontólogo. Sereno se muestra alborozado con los tubos de ensayo de incalculable valor con ADN de los primeros humanos metidos en bolsas que aguardan sobre su escritorio (todavía hay que enviarlos a analizar) y con la nueva especie de dinosaurio a medio preparar que aguarda en su vitrina (todavía hay que ponerle nombre). Cuando se tiene una curiosidad errabunda que impide quedarse mucho rato sentado para despachar el papeleo, supongo que uno deja las cosas tiradas por ahí.

«¿Has visto alguna vez una momia de dinosaurio? ¡Me encantan las momias!», exclama mientras me invita a examinar un raro fósil de dinosaurio que revela la piel rugosa del espécimen. Paso los dedos ligeramente por los relieves. Lo primero que me viene a la cabeza es «cuero de dinosaurio», y no puedo reprimir soltarlo en voz alta. Sereno me permite tocar todo lo que hay en el laboratorio, desde aguzadas puntas de flecha y cerámica hasta la placa de un estegosaurio e incluso los restos de un *T. rex*. Esta proximidad física al pasado, unida a los apasionados comentarios de Sereno, a mil por hora, resulta verdaderamente cautivadora. Una excursión a los tiempos prehistóricos.

Pero, pese a todas las pruebas, todavía no sabemos cómo de bien nadaban los pobladores del paleolago de Gobero; algo frustrante cuando se sigue la pista del pasado acuático de los humanos es que no dejan una estela. Lo que Sereno y sus investigadores pueden demostrar es que estos habitantes del Sáhara Verde llevaban una existencia

de cazadores-recolectores, metiéndose en el agua cuando era necesario, pero sin moverse demasiado de la orilla.

Me gusta imaginar que estos primeros humanos buceaban para recolectar sus almejas igual que yo buceo hoy para extraer orejas de mar: pateando, cabeceando y jadeando un poco, sí, pero también con cierto asombro y alborozo. No es tan difícil imaginarse lo que podrían haber sentido. Pienso en mis propios hijos, que nunca son más felices que con la marea baja en Bolinas, un pueblecito costero una hora al norte de donde vivimos en Berkeley, California. Por las mañanas, una niebla baja suele tenderse sobre la plateada laguna. Los chicos corretean por los charcos fangosos que deja la marea, saltando sobre los hilillos de agua. Se lanzan como flechas desde la orilla de un océano agitado. Se tiran algas. Construyen pirámides de arena elaborando un cuento que encaje con la edificación en miniatura que han erigido, antes de que la pleamar lo inunde todo. Observo cómo bailan entrando y saliendo del agua, poniendo continuamente a prueba su cómoda familiaridad con las profundidades. Los dos aman el mar. Felix, el mayor, sabe nadar desde hace algún tiempo, pero Teddy, el pequeño, recela todavía de un agua que se mueve sola.

Quizá fue así como ocurrió hace muchos miles de años. Una muchacha marisca almejas a orillas de un paleolago. Hasta donde recuerda, siempre ha hecho lo mismo. Desde donde está, puede ver las almejas en aguas más profundas. Tal vez esas almejas sean mayores que las que están al alcance de su mano solo caminando. Un día, se pregunta si podría contener la respiración para llegar hasta ellas. Poco a poco, se aventura a salir y regresar, salir y regresar, impulsándose desde el fondo de arena con los dedos de los pies, cabeceando en la superficie, dando patadas de rana para mantener la cabeza fuera del agua. Pasan semanas, quizá

meses. El cabeceo y el jadeo acaban dando paso a un movimiento que puede sostener. Aprende lo que es flotar sin esfuerzo conservando la energía y lo que es plegar su cuerpo en tijera y lanzarse en picado cuando divisa un molusco prometedor. Ha triunfado al descubrir una provisión nueva de comida. Otros empiezan a imitar su método de subir y bajar, subir y bajar.

Hay algo mágico en observar objetos tangibles de épocas remotas, en decir: «Fíjate. Estuvieron aquí, donde ahora estamos nosotros». Señalar un brazaletes de marfil de hipopótamo y decir: «Ella lo llevaba». Sostener la punta serrada de una lanza e imaginarse a aquellos cazadores acuáticos buceando y excavando y nadando. «*¡El hombre del Paleolítico! ¡Igual que nosotros!*»

Estos primeros humanos eran lo bastante ágiles para librarse de los hipopótamos y cocodrilos con los que compartían el agua, y debieron de tener tiempo suficiente para dominar la natación, porque no recorrían el territorio en busca de agua ni comida. El lago, y las riquezas animales que contenía, permitió a estas sociedades prosperar durante milenios en sus orillas. En el resto del Sáhara Verde, durante este mismo período húmedo, quizá aquellos pintores rupestres también nadaban.

Aunque la prueba más antigua de la natación humana no se remonta más allá de diez mil años atrás, muy probablemente aprendimos a nadar mucho antes. La especie humana moderna, el *Homo sapiens*, empezó a evolucionar hace casi doscientos mil años a partir de otros antepasados humanos hoy extinguidos, y existen pruebas también de que aquellos ancestros navegaban por el mar. En el 2008, en la isla griega de Creta, un equipo de investigadores descubrió mangos de hacha de cuarcita con cientos de miles de años de antigüedad, enterrados en

terrazas de roca cerca de refugios rupestres en la costa sur. Las toscas herramientas eran distintas de otras descubiertas allí mismo y se parecían a las utilizadas por el *Homo erectus*, un antepasado del hombre hallado en África y la Europa continental. Puesto que Creta lleva cinco millones de años separada de tierra firme, aquellos antepasados humanos habrían tenido que viajar hasta la isla por mar abierto, lo que prueba la existencia de pueblos marineros mediterráneos decenas de miles de años antes de lo que los científicos habían creído hasta entonces. Es muy difícil navegar por mar abierto si no se sabe nadar o no se siente una cómoda familiaridad con el agua.

Puede que incluso los extinguidos neandertales, parientes próximos de los humanos, nadaran para procurarse alimento. Se lo consulto al antropólogo británico Chris Stringer, que estudia a los neandertales y es un experto sobre los orígenes del ser humano en el Museo de Historia Natural de Londres; los hallazgos de su equipo en cuevas de Gibraltar demostraron que los últimos neandertales, cuya existencia se solapa con la de los humanos modernos, se alimentaban del mar hace unos veintiocho mil años, antes de que se extinguieran. Los neandertales recolectaban mejillones en el estuario de un río y mataban focas y delfines, que arrastraban hasta las cuevas para preparar comida junto al fuego. ¿Cómo capturaban los neandertales esos peces, delfines y focas? No podemos saber si nadaban o cómo nadaban, pero la distribución de los restos de animales marinos en los estratos de las cuevas indica un conocimiento y familiaridad prolongados con los recursos costeros, un comportamiento muy inusual antes de la llegada de los humanos modernos.

Pero si la pesca de orejas de mar me enseñó algo, es lo fácil que puede parecer el acto de nadar, y también lo im-

perceptibles que pueden ser los peligros. Sereno me cuenta que el descubrimiento más extraordinario en Gobero está relacionado con la natación y los ahogamientos: un triple enterramiento conmovedor a orillas del paleolago que su equipo denominó el Abrazo de la Edad de Piedra.

Describe cómo fue la extracción de los tres cuerpos: una mujer de treinta años y dos niños pequeños, de cinco y ocho años, que yacían en íntima unión con las manos entrelazadas. «Era un enterramiento espectacular, con tres cráneos que llegaban hasta la superficie», dice, recordando la delicada exhumación de las calaveras. El equipo trabajó con cuidado durante la exhumación, que resultó complicada. La arena suelta se mueve como agua; cada vez que la retiras con el cepillo, los granos vuelven al mismo sitio.

El patetismo de la postura —brazos extendidos, manos entrelazadas— emocionó a todos los miembros de la expedición. La colocación parecía claramente ceremonial, dice Sereno. Una muestra de arena recogida después demostró que se habían puesto flores: una especie del género *Celosia*, de la familia de los amarantos, que puede presentar muchos colores. Bajos los cuerpos se hallaron puntas de flecha talladas con madera petrificada que fueron radiografiadas y escaneadas con microscopio electrónico: el análisis reveló que nunca fueron disparadas y que, probablemente, se colocaron allí con una finalidad simbólica. Una vez examinados, los esqueletos y las dentaduras no indicaron patrones de desgaste por herida o enfermedad.

Sereno me pregunta si me gustaría conocer a los pobladores de Gobero. Ahora mismo. Me lleva hasta la exposición del triple enterramiento, señalándome las puntas de flecha, los dientes sanos, la colocación deliberada de los cuerpos. Si hallarse en presencia de tantos materiales paleontológicos tangibles —los dinosaurios, otros animales

acuáticos— era ya una experiencia profunda, la contemplación de los restos humanos me lo pareció más todavía. Me di cuenta de que era la historia sepultada con aquellos cuerpos lo que más me cautivaba. El Abrazo de la Edad de Piedra es en el fondo una historia que resulta familiar: los tres (¿una madre y sus hijos?) murieron juntos, súbitamente (¿ahogados?), y alguien (¿un esposo y un padre?) tuvieron tiempo para llevar a cabo un complejo rito funerario.

Sereno confirma al menos algunas de mis suposiciones. «¿Cuándo se puede colocar un cadáver en una postura determinada? Tienes que luchar contra el *rigor mortis* y la descomposición por el sol —explica—. Así que fue una muerte súbita. A orillas del agua. Creo que fue el resultado de un ahogamiento en el paleolago de Gobero.»

Es la historia intemporal de la mayor desgracia que puede ocurrirle a un padre o una madre. Conozco a ese niño en la playa, jugando y explorando. Y sé lo que es ser madre, viendo cómo mis dos hijos aprenden a nadar y experimentar junto al agua. Entonces como ahora, de nadar a ahogarse no hay más que un aterrador paso, por mucho que dominemos las habilidades natatorias.

Los períodos lluviosos alternados con largos períodos secos permitieron también que fragmentos de aquel pasado perduraran hasta hoy, para que pudiéramos descubrirlos. Sepultado en la tragedia del triple enterramiento se halla el principio de todo; otra historia intemporal, por supuesto, es la de un mundo anegado. La variación cíclica de la órbita terrestre llevó al norte los monzones estacionales de África e hizo posible el Sáhara Verde; Gobero constituye un testimonio sin parangón de los humanos que allí vivieron. Los restos de aquella vida adquieren hoy una especial relevancia, cuando el nivel de las aguas

está subiendo y las temperaturas fluctúan por encima de los registros conocidos.

Es posible que el agua provoque pronto nuestra propia devastación, y en esta ocasión son nuestras actividades la causa de los cambios espectaculares operados en la superficie del planeta. Se calcula que en el 2030 el número de personas afectadas por las inundaciones se habrá triplicado. En California, donde vivo, la subida del nivel del mar podría superar los 2,7 metros en el próximo siglo, anegando más del 50 por ciento de las playas del Estado Dorado. En todo el mundo, la subida del nivel del mar podría convertir a cientos de millones de personas en refugiados.